

**OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILÍA DEL ARZOBISPO DE TOLEDO
CELEBRACION CON EL CAPÍTULO DE INVESTIGADORES. 30/05/2018**

¿A quién adoraron en la Custodia nuestros antepasados desde los inicios de la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo, en plan Edad Media? ¿Es fiable ese desarrollo de la doctrina de la Eucaristía, que culmina con la bella explicación/aproximación que llamamos “transustanciación”? ¿A quién adoramos nosotros hoy? Al mismo Jesús nacido de María; al mismo Jesús que murió en la Cruz, y resucitó para no morir más. No podría adorar a nadie más fuera del Dios trascendente. Si no fuera así, aquellos cristianos habrían hecho algo contrario a la fe: adorar a un trozo de pan. Y ni ellos ni nosotros creeríamos en la Resurrección de Cristo, y no seríamos cristianos.

La adoración eucarística, desde luego no se entiende sin la celebración de la Santa Misa, que hace posible esa adoración. La adoración eucarística es expresión pura de la fe cristiana desde los primeros tiempos del cristianismo, como el florecer del primer instante, el abrirse de los ojos asombrados y del corazón conmovido por lo que Jesús es y lo Él dijo e hizo por nosotros.

Porque la fe es fe en Jesucristo. Por Él y por su palabra creemos cuanto se nos dice sobre la Eucaristía; Él la instituyó y encomendó a los Apóstoles su celebración, hasta que Él vuelva. Y la Iglesia, el Pueblo de la Nueva Alianza, obedeció fielmente su mandato hasta hoy, todos los días de su historia. Jesús, pues, en la noche en que iba a ser entregado, afirmó *Esto es mi cuerpo; Esta es mi sangre*. ¿Quién podrá nunca dudar y decir que no es ni su carne ni su sangre, y que es solo un símbolo?

Fijaos, hermanos, lo que decía el santo obispo de Jerusalén san Cirilo en siglo IV: “Por esto hemos de recibirlos con la firme convicción de que son el cuerpo y sangre de Cristo. Se te da el cuerpo del Señor bajo el signo del pan, y su sangre bajo el signo del vino, de modo que al recibir el cuerpo y la sangre de Cristo te haces concorpóreo y consanguíneo suyo... Por lo cual, el pan y el vino eucarísticos no han de ser considerados como meros y comunes elementos materiales, ya que son el cuerpo y la sangre de Cristo, como afirma el Señor; pues, aunque los sentidos nos sugieren lo primero, hemos de aceptar con firme convicción lo que nos enseña la fe” (*De las Catequesis de Jerusalén, 22 <mistagógica 4>*).

Así que creemos con fe cierta que aquello que nos parece pan no es pan, aunque su sabor sea de pan, sino el Cuerpo de Cristo; y lo que parece vino no es vino, aunque así parezca a nuestro paladar, sino la sangre de Cristo. Son el pan que da fuerza al corazón y el aceite que da vida al rostro del hombre. La Iglesia, no hoy, sino desde la tradición apostólica que tiene su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que llamamos con razón “día del Señor” o domingo.

Ese día los fieles han de reunirse, para, escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recordar la pasión, resurrección y gloria del Señor Jesús y dar gracias a Dios, que nos hizo renacer a la esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. Esta es la pura fe cristiana. La que explica nuestras fiestas, nuestras tradiciones cristianas, la que hizo levantar templos, ermitas, imágenes, hospitales, colegios, centros de acogida. Todo lo que somos y tenemos como genuinamente cristiano.

De aquí nace también la adoración al Santísimo, porque no hay oposición alguna entre la fe en la presencia real de Jesús en la Eucaristía y su vida y misión histórica en el mundo, cuando Él vivió en lo que llamamos hoy Tierra Santa. En aquel momento culminante de la Última Cena, el Señor reafirma su amor y confianza inquebrantable en el Padre de los cielos, anuncia el Reino de Dios ya próximo y la resurrección de los muertos; y ofrece participación en ello a los Apóstoles, en los que Cristo funda su Iglesia como un pueblo, un cuerpo o su esposa.

Esto puede observarse también en las comidas celebradas con Jesús. En ellas el criterio de participación era la relación con Jesús mismo, y la comunión con el Dios de la Alianza, que necesariamente implicaban para los judíos piadosos. Jesús quiere igualmente invitar a estas comidas a publicanos y pecadores, y así hacer presente la misericordia del Padre, incluso en el gesto implícito del perdón de los pecados (cfr. Mc 2,15-17 y par.; Lc 7,36-50; 19, 5-10).

Se comprende de este modo la catástrofe que supuso para los discípulos la muerte de Jesús, si es que Jesús no hubiera resucitado. El significado de la resurrección de Cristo es fundamental. Sin ella, toda la historia de Jesús se hubiese quedado en un episodio más del judaísmo y la Eucaristía cristiana no hubiese existido. La resurrección, en cambio, confirma definitivamente la verdad de la misión de Cristo y la vinculación de sus discípulos con Él.

Esa era la fe de los desde el inicio celebraron la “fracción del Pan”, el “memorial de la muerte y resurrección de Cristo”, la Eucaristía o la Santa Misa. ¿Es la que hoy tenemos? Sin duda, pero con un peligro muy real: pensar que aquellos hombres y mujeres cristianos de antes de nuestra sabihonda sociedad actual, vuestros padres y abuelos, eran antiguos y hoy, tan modernos como somos nosotros, tenemos otros pensamientos y tanto la Misa dominical como la adoración al Santísimo nos interesa menos. Decimos que tenemos otras preocupaciones y otros problemas. Tal vez, pero tal vez nos falta esa fe en Cristo vivo, capaz de llenar nuestras vidas de sentido, por muy modernos que nos sintamos y por muy jóvenes que seáis lo que tenéis pocos años.

Nada hay más hermoso que la presencia viva de Jesús en la vida del ser humano. Esto no pasa, es único y necesario para no caer en una vida insulsa y, en el fondo, aburrida: la vida virtuosa de Cristo vivida por nosotros, para la que encontramos fuerzas en la Eucaristía del Señor.

+Braulio, Arzobispo de Toledo. Primado de España